

LIBROS

LA ECONOMÍA PRESIDENCIAL

DE GABRIEL ZAID

POR JOSEPH HODARA

• Editorial Vuelta, México, 1987. 344 pp.

EL ARCO Y EL TIRO

ZAID ES FILÓN de paradojas. Sus obras —*El progreso improductivo y la economía presidencial*— constituyen en efecto un arco de enunciados sorprendentes. Arco, por la unidad de intenciones que caracteriza a ambos escritos; curvilíneo, porque el arco se estira primero hasta el análisis comparado de hipótesis y situaciones que parecen remotas de México, y dispara después indicaciones referibles a una coyuntura tangible y próxima.

Sorpesa, paradoja e ironía hacen juego en sus textos. Para recordar: "leer un libro cuesta más por el tiempo que por el libro mismo" (*PI*, p. 55); "lo que hoy se espera del matrimonio... es comparable con lo que antes se esperaba de Dios" (*PI*, p. 49); "O. Paz y D. Cosío Villegas han señalado una característica fundamental de nuestra vida pública: que no es pública" (*PI*, p. 220); "la reproducción de esclavos, como la cría de ganado, puede ser negocio para el amo y no para los padres. La reproducción de universitarios puede no ser negocio para nadie" (*PI*, p. 26); "se diría que vamos a pagar reparaciones de guerra por las burradas que hicimos, y la más grande de todas fue bajar la cortina del mercado interno y decretar cantina libre de divisas para el progreso improductivo" (*EP*, p. 87); "gracias a la cargada universitaria, el sistema se volvió más monstruosos que nunca, a beneficio de la presidencia" (*EP*, p. 35); "si México (el DF) hubiera sido una ciudad-Estado independiente, el desastre se hubiera ma-

nifestado antes y no hubiera llegado tan lejos" (*EP*, p. 134).

Estas tiradas de Zaid invitan a una reflexión radical. Sus argumentos graban la duración histórica de las imágenes y anti-imágenes que propone y del sistema nacional que vivamente lo inquieta. Fiel a su espíritu, abordará estas obras hermanadas desde dos flancos: la reformulación conceptual y la sustancia de las soluciones recomendadas. Así me preguntaré si el modo de producción/consumo mexicano —esbozado en estos escritos— es una variedad previsible de los regímenes capitalistas o si se trata de un nuevo espécimen que desafía a la imaginación económica convencional; y más tarde examinaré si el ofertismo dinámico (para distinguirlo del otro, grandioso y vegetativo) de Zaid es otra modalidad de hacer economía o afecta directamente a los contenidos y arquetipos de la Revolución mexicana y a la afinidad de México al Occidente postindustrial.

ECONOMIZAR SIMPLISMOS

Los propósitos de este ensayo arrancan de un reconocimiento cardinal de la complejidad y hondura temibles de las tesis de Zaid. Cada una de ellas entraña una visión afinada del ser y del quehacer mexicanos. No admiten etiquetas rápidas; es conveniente economizarlas. Decir, por ejemplo, que Zaid profesa "el fomento de las exportaciones", las tecnologías intermedias", "el freno a la mediocridad universitaria", o un "ejercicio óptimo de la Presidencia a fin de que se libere de materias

grasas", es decir poco, casi nada. Apenas una alusión equívoca.

Pues Zaid propone una concepción articulada del sistema político y económico mexicano en esta etapa de capitalismo diferenciados y de atraso acumulativo. Quizás su mensaje ideológico es débil a causa de la riqueza de argumentos; sólo una mirada multidisciplinaria puede seguirlo. Prenda escasa no sólo en la economía de elefantes blancos sino en muchos mundos posibles.

Es cierto: Zaid podría haber escrito dos libros menos densos y menos elegantes, menos eruditos, menos imaginativos, menos lúdicos. Pero esta suma de menos es incongruente con la índole de los problemas abordados y con la figura de su inquisidor. Hay que leer sus páginas con atención aunque constituya un despilfarro de energía que Zaid desaconseja.

LA ECONOMÍA POLITIZADA

Hay tres mensajes de este siglo que aquí importan. Primero, el capitalismo es la revolución más fecunda que ha ocurrido en los últimos 200 años; segundo, los sistemas nacionales y regionales contemporáneos que han ingresado a la etapa industrial constituyen ramificaciones —algunas perfeccionadas y otras degradantes— de esta revolución; y en fin, los países en desarrollo, que apenas tocan esa etapa, han interpretado con insuficiencia y con resentimiento —mal en todo caso— los signos y las tendencias de los capitalismos.

Estos tres mensajes tienen un común denominador: la economía jamás se

separó de la política. Smith y Ricardo prefiguraron esta unión inevitable. La econometría moderna, presuntamente esterilizada de valores, propicia un divorcio imposible; la administración de mercados, a través de decretos instantáneos, adultera esa unión. De una u otra manera, las economías se politizan rápidamente, en equilibrio dinámico con los ciclos que las determinan. La economía presidencial, providencial o populista no es una consecuencia necesaria o previsible de la politización de los mercados. El poder influye en la formación de precios en todos los sistemas conocidos. Mas no influye de manera análoga. La economía presidencial revela una descompensación de los ciclos tecnológicos, comerciales y electorales, descompensación que conduce al progreso sin luces y a la deslegitimación social que a Zaid preocupan. Conviene explicar brevemente el juego recíproco de estos eslabonamientos para avanzar el paso adicional: México internalizó parcialmente el espíritu del capitalismo y la lógica económica que lo preside traduce un desarreglo sistemático de estos ciclos.

Es ocioso apelar a Marx o a Schumpeter para sostener que el capitalismo involucra, en especial, una revolución tecnológica. Esta revolución tiene múltiples facetas: constantes cambios técnicos, economía racional, monetaria e internacionalizada, reformulación de símbolos colectivos, ingreso a la Historia (como Hegel y Marx decían) de nuevos continentes y poblaciones a través de los imperialismos militares y comerciales, el fortalecimiento del Estado (democrático o totalitario) moderno, transmutación y canje de valores (materiales y simbólicos). Se trata, en suma, de una nueva cultura económica. Pero esta cultura no se propagó en el mundo con pareja intensidad. Tradiciones e intereses locales le opusieron resistencia. Y los intelectuales —o sus equivalentes— de estas sociedades leyeron apenas un capítulo de esta revolución tecnológica —conforme al relato de un Dickens o de un Engels—; se horrorizaron prematuramente, y suscribieron alguna forma romántica del patrimonialismo nativista. El ciclo tecnológico, que encierra fluctuaciones de largo plazo, jamás fue socialmente aceptado. La economía presidencial es el resultado, en parte, de la ausencia de esta mutación, lo que equivale a decir que está lejos de representar el

ethos capitalista. El vacío favoreció el ejercicio descompensado de las instituciones y cálculos políticos en el quehacer económico.

Sin protagonizar la revolución tecnológica aunque experimentando algunos de sus efectos, la economía ahora presidencial se sostuvo en una combinación singular de paradigmas sociales fragmentarios: feudalismo sin seguridad colectiva, explotación capitalista del trabajo y de excedentes sin mercados ni libertades, mercantilismo deficitario por debilidad de las exportaciones. Así, los temas de Zaid como el sobregiro retórico de los populismos, la fenomenología de los fideles (el habanero y el mexicano), la ampliación desbordada de la demanda, la resistencia a toda iniciativa desde abajo y de los de abajo, la tibetana sustitución de importaciones, emanan de una vivencia carente de innovaciones tecnológicas.

Pero así el proceso se explica en parte. La concentración del poder fue facilitada, además, por la debilidad del ciclo comercial. Como se sabe, las fluctuaciones de los agregados económicos y la conducta de los mercados de bienes, servicios y de capital dependen de oscilaciones en el intercambio internacional. Hasta hace medio siglo se podía señalar a Inglaterra y a Estados Unidos como "centros emisores" de este ciclo; pero hoy el cuadro es más complejo pues los núcleos de irradiación se han multiplicado, ya sea sobre bases competitivas, ya sea por efecto de una especialización de productos y mercados. Los países en vía de desarrollo han absorbido tradicionalmente las consecuencias del ciclo comercial, pero jamás lo han iniciado. Este hecho se advierte con claridad en México, a pesar de que el petróleo le ofreció al país, en los veinte y en los setentas, la oportunidad de aumentar sus márgenes de maniobras. No se aprovechó por razones conocidas. La exposición pasiva a este ciclo alentó el control político de todos los activos como medida desesperada de autoprotección. Por supuesto, no fue la óptima. "Y así nos fue".

Cuando algunos observadores se inclinan a pensar que las instituciones clásicas del capitalismo han afectado sectores estrechos de las economías latinoamericanas —de México en particular— suelen recomendar un liberalismo económico a la Friedman o una reconstrucción social a la Meiji. Este consejo es insensato. Ignora que a fin

de cuentas se ha verificado un progreso improductivo, que México coexiste con una variedad de capitalismos industriales. No se trata por lo tanto de retornar a los principios del capitalismo clásico y sufragar sus horribles costos sociales. El ofertismo dinámico de Zaid, si bien se entiende, procura aprender de los capitalismos contemporáneos y rectificar los criterios de acumulación —política y económica— que han normado al sistema mexicano. Esta propensión no es una novedad; Japón y el Sureste asiático lo han adoptado, y en las últimas fechas aparece en Rusia, China y Europa Oriental. Si estos países han relajado la tozudez de las estructuras, ¿por qué la economía presidencial no puede seguir este ejemplo sin menoscabar circunstancias particulares?

CONTROL Y DESCONTROL BUROCRÁTICOS

La burocratización de la economía no singulariza a México. Tampoco las jerarquías piramidales. Conforme al señalamiento weberiano, la racionalidad inherente al capitalismo se manifiesta, en la administración pública y de empresas, a través de un código de conducta neutro, universalista, que se ajusta a las oscilaciones de los poderes. Schumpeter, Burham, Bracher y otros analistas han observado que las burocracias pueden determinar decisiones en ámbitos que pertenecen a políticos y empresarios si se les tolera el control monopolístico del conocimiento técnico y de la memoria organizacional. Determinan sin tomar responsabilidad pública alguna. Pero los impulsos arbitrarios de las burocracias pueden ser atajados con recursos institucionales. Esta contención supone un despliegue expansivo de la sociedad civil. La economía presidencial le arrebató espacio a esta sociedad a causa no sólo de la internalización parcial del espíritu capitalista; también influye el hecho de que el Estado monopoliza los resortes de la movilidad social y es la palestra decisiva de las luchas entre grupos. Al engullir a la sociedad civil, la burocracia pública se transforma en una ruta que conduce al poder, sin necesidad de recurrir al ejercicio parlamentario. La burocracia ya no es un instrumento de racionalidad sino de re-encantamiento político.

Estas consideraciones importan para deslindar entre la economía presiden-

cial y el dirigismo tecnocrático. Zaid no impugna a este último, simplemente porque no existe. El dirigismo es una forma autoritaria de la racionalidad; la supone y la controla. No es así en el presidencialismo económico que administra los patrimonios disponibles con base en dependencias personalizadas y en incentivos o gravámenes selectos que robustecen los símbolos del poder. Este ejercicio patrimonialista se opone a la Ilustración en tanto que las democracias —incluyendo la totalitaria— emanan de esta fuente.

Pero esta gestión tiene límites. La economía presidencial se apoya en una base fiscal (diezmos diría quizás Zaid) relativamente sólida. Si no puede obtenerse, esta economía se desgasta. Cuando los ingresos estatales llegan con facilidad, la burocracia pública se permite amplios grados de libertad y control. Pero cuando los agregados económicos se estancan, los recursos se volatilizan y las presiones externas sofocan, el patrimonialismo muere por inanición. Este es un límite dramático, que Zaid vislumbra.

Hay otros, sin embargo. La credibilidad del discurso político revolucionario depende del cumplimiento públicamente certificado de sus promesas cardinales: la industrialización, la prosperidad relativa del campo, la equidad distributiva, la soberanía formal y económica.

Si estas expectativas no se satisfacen en una medida razonable, los rendimientos decrecientes del sistema detectado por Zaid llevarán a su deslegitimación irreversible.

¿QUÉ HACER?

La pregunta es clásica; se aviene con la voluntad de progreso. Preconizar un ofertismo dinámico, señalar las ventajas de las unidades pequeñas, descentralizar, alentar la competencia política (dentro y fuera del PRI) y económica (en México y con centros industriales), detener un crecimiento universitario ausente de revolución científica: estos son rumbos de una solución. ¿Qué implican en última instancia? Dos necesidades que hay que ventilar con sobriedad, *sine ira et studio*. Una se refiere a la occidentalización progresiva del país que implica internalizar los códigos de los sistemas industriales contemporáneos respetando la particularidad nacional. Es probable que quienes preconizan "la transformación estructural" y la "modernización" de México aludan a este proceso. "Occidentalizar" es una acción y una afiliación más claras, aunque provoca antagonismos cognitivos y emocionales. Si bien se entiende a la cultura occidental (que no es "dependencia" ni "americanización") será posible rescatar aquellos ciclos tec-

nológicos y comerciales que se perdieron con el examen superficial del capitalismo.

La segunda necesidad es discernir los contenidos probables de una etapa postrevolucionaria. El replanteo de proyectos nacionales es un menester difícil pero ineludible; la aceleración de la historia lo torna imperativo. Los países industriales vislumbran una "tercera ola" que estremecerá los arreglos sociales hoy vigentes; Rusia y China se abren al mundo encarando riesgos cardinales; España revela que es posible liberarse de un estancamiento institucionalizado; Brasil e Israel están asumiendo papel y responsabilidades de potencias en sus regiones; ¿por qué México no habría de auto-cuestionarse?

Los señalamientos de Zaid sobre el progreso improductivo y la economía presidencial entrañan el colapso de un modo de producción/consumo. Sus dos libros enseñan que el carisma y la eficiencia de las instituciones primigenias que han normado a México se están agotando; ahora hay que perfeccionar —o rescatar— la capacidad colectiva de aprendizaje. La crítica sobria del presente (incluyendo el juego y la ironía) es el vehículo para obtener la *gratia* histórica. Encerrarse es exiliarla: el mensaje sumario y no tan metafísico de Zaid.

LA ECONOMÍA PRESIDENCIAL

DE GABRIEL ZAID

POR GERARDO BUENO

• Editorial Vuelta, México, 1987; 344 pp.

EN ESTOS DÍAS se oye mucho en la radio un anuncio: para ilustrarnos sobre cómo sería posible que pasáramos de una economía "faraónica" a una economía "moderna", deberíamos comprar el nuevo libro de Gabriel Zaid sobre *La economía presidencial*. Sin duda es un libro que vale la pena leer, aunque el tránsito de lo "faraónico" a lo "moderno" no parezca tan claro como dice el anuncio (y podría agregar, como rápidamente también lo

está descubriendo Don Carlos al prometer, pero no definir suficientemente, una política moderna). Vale la pena leerlo también por otras razones, y en especial, por lo lúcidamente que presenta algunos de los principales problemas que afrontan la sociedad y la economía mexicana y a los cuales se hace poca referencia en muchos de los documentos oficiales. Para tomar un ejemplo, haciendo al mismo tiempo un poco de historia, inútilmente buscará

uno alguna referencia en el PIRE (Programa Inmediato de Recuperación Económica, 1983) o el PND (Plan Nacional de Desarrollo, 1984) o en el recientemente alumbrado PASE (Pacto de Solidaridad Económica, 1987-88), al fenómeno de la concentración del poder sobre decisiones económicas en manos del Presidente de la República. Y, sin embargo, prácticamente todos los mexicanos sabemos que se trata de una cuestión importante y que no puede

ignorarse; afecta no sólo a la forma en que se gestan los planes y programas sino también a la forma en que se distribuye y maneja el poder político.

El libro está dividido en tres partes. La primera, a mi juicio es con mucho la más interesante, lleva el mismo título que el libro. La segunda, la más larga, incluye una serie de artículos aparecidos en las revistas *Plural* y *Vuelta*. Zaid justifica su inclusión diciendo que tienen unidad y tratan el mismo tema. Es dudosa dicha "unidad". En lo particular considero que se trata de una malhadada práctica, que desafortunadamente se está extendiendo mucho en nuestro medio, según la cual los libros se integran rápida y fácilmente a base de meterles artículos y trabajos anteriores de los autores. La tercera parte se llama "Productividad sin burocracia" y trata varios temas. Se apoya, nuevamente, en varios trabajos y artículos publicados con anterioridad en las revistas señaladas. En cierto sentido enfocan la atención sobre cuestiones más vinculadas al tema central de uno de los anteriores y principales libros de Zaid, *El progreso improductivo* (Siglo XXI, Editores).

La primera parte comienza por dar cuenta de la forma en que, cada vez, se fue concentrando en la presidencia de la República el proceso de toma de las decisiones importantes para la vida del país. En una época, como dice Zaid, "los generales presidentes se metían poco en las finanzas pero no acaban de soltarle las riendas militares a nadie"; en la etapa actual, sin embargo, las cosas han variado: "los últimos presidentes se meten poco en los asuntos militares, pero no le sueltan a nadie las riendas económicas". Esto ha permitido que los últimos presidentes mexicanos "hayan llevado hasta la presidencia el control de la cocina". Dos ejemplos recientes citados en el libro: la famosa declaración del presidente Echeverría de que la política económica se manejaba (también) desde los Pinos, a lo que lacónicamente agrega Zaid "y así nos fue" y el caso del presidente López Portillo partiendo a la anterior Secretaría de Hacienda en dos: una que, guardando el mismo nombre, se ocupa de recabar los ingresos del sector público y, presumiblemente, el manejo de la política crediticia, y otra, de Programación y Presupuesto, que se ocupa del gasto del sector público. (A ellas se agrega una Secretaría más en

este sexenio, la de la Contraloría, que tiene funciones de vigilancia sobre el resto del aparato).

Vale la pena detenerse en este último ejemplo; en realidad, existe un conflicto importante entre las funciones de las dos secretarías (Hacienda y Programación). No es, quizá, casual que los dos últimos candidatos del PRI a la presidencia de la República hayan sido secretarios de Programación: como es bien sabido, es más fácil ganar favores y adeptos gastando dinero que recabándolo. Es posible, también, que el conflicto de intereses y funciones haya contribuido de manera importante a aumentar las presiones inflacionarias a través de un gasto público mejor del que se habría generado de haberse seguido manteniendo en una sola dependencia la responsabilidad de ingresos y gastos del sector público.

En realidad se trata de una cuestión relativamente obvia y sorprende que aún no se hayan hecho intentos de deshacer este entuerto con costos tan evidentes para el país. A finales del régimen anterior, cuando se hablaba de las reformas administrativas que sería necesario introducir el nuevo gobierno, se rechazaron las propuestas de fusión de las responsabilidades de ingreso-gasto en una sola dependencia, que dejaría a la de Programación y Presupuesto únicamente las funciones de formular el presupuesto anual y planes y programas a mediano y largo plazo y evaluarlos sobre la base de que, aun cuando eran razonables, constituían una ofensa (!) al presidente saliente. En otra ocasión, conversando con un subsecretario sobre estas cuestiones, las rechazó de tajo diciendo que no eran factibles porque le restarían poder al señor presidente. Al presidente y al país, les va mejor con una tasa de inflación menor que con una alta, pero sorprende que esto no persuada a muchos funcionarios; entre ellos, probablemente, el propio presidente de la República.

Posteriormente Zaid examina el comportamiento de algunos indicadores de la economía mexicana. Su tesis central (que luego matiza) es que "el deterioro de la economía en los últimos sexenios se debe esencialmente a su dependencia externa de la voluntad de un sólo hombre". Entre esos indicadores se hallan el crecimiento desmesurado del sector público tanto en empleo como en deuda, lo que dio lugar a inversiones

improductivas sustanciales, la inflación y devaluación del peso y, finalmente, el estancamiento del proceso de crecimiento económico del país.

Zaid matiza su tesis central manifestando que "no todos los males de la economía mexicana provienen de los Pinos, aunque todos se agravan ahí". Sin embargo, desecha las "explicaciones piadosas" sobre el desmilagro (sic) mexicano diciendo que "no es posible que un sólo mexicano tenga todo el poder y no tenga toda la responsabilidad".

A mi juicio, y aunque corra el riesgo de ser acusado de "teólogo del sistema", este tipo de explicaciones, que pueden ser atractivas para el lector, terminan demeritando planteamientos muy importantes, de Zaid.

Para comenzar, el argumento de que no se responsabiliza al presidente de la situación que vive el país no es totalmente válido. De hecho, como lo vemos diariamente en la prensa, hay frecuentes críticas a la política económica y, desde luego, a su principal conductor. Además, es obvio que el tono y el contenido de las críticas arrecia cuando sus presidentes pasan a ser ex-presidentes. En el segundo caso todo se vale y les dan hasta con la cubeta, responsabilizándolos de todo lo malo y reconociéndolos muy poco o nada de lo bueno.

En otro plano, tampoco el argumento toma debidamente en cuenta el hecho de que países diferentes en cuanto a la concentración del poder en manos presidenciales tienen unos problemas y, en cierta medida, una evolución económica que no son sustancialmente diferentes a los de México. En varios países latinoamericanos donde la concentración del poder en manos presidenciales es mucho menor se presentan historias similares: explosivo crecimiento del sector público y de la deuda externa, aumento de la inflación y devaluación de la divisa, estancamiento del proceso de crecimiento y deterioro de las condiciones generales de vida de la población. También pueden citarse otros casos de elevada concentración del poder en manos presidenciales (aunque quizás no como en el caso mexicano), hasta recientemente, en algunos países asiáticos en que los resultados de la política económica fueron totalmente diferentes. (Lo anterior sugiere, pues, que son también importantes las estrategias de desarrollo económico que se sigan y la influencia de factores exógenos como el comportamien-

to de la economía mundial, los movimientos de las tasas de interés y de los precios de los productos de exportación, para no citar sino algunos de los otros factores más obvios).

No considerar plenamente lo anterior resta en ocasiones peso a los argumentos de Zaid y es lamentable, pues muchos no sólo son válidos sino muy importantes. Puede enfocarse, como lo ha hecho brillantemente James Buchanan, premio Nobel de economía, señalando la forma en que tal concentración de poder afecta al desenvolvimiento de la política económica; las reglas y limitaciones a que se ven enfrentados los agentes políticos aparte del presidente en su proceso de toma de decisiones. Y es muy claro aquí que su dependencia del poder presidencial y la falta de reglas del juego relativamente claras en los niveles secundarios hacen muy difícil que la política económica, cualquiera que sea, se desarrolle con eficiencia. La contradicción estriba, como dice muy apropiadamente Zaid, en que a un sistema notoriamente pre-moderno se le asignan objetivos de modernización en muchos casos fuera de su alcance. Sin embargo, también es claro que se trata de un factor, y muy importante, pero que no es el único.

La segunda parte del libro presenta una serie de trabajos ya publicados, algunos en fechas relativamente tan distantes como 1974 y 1976. Sin embargo, la mayoría (diez de trece) son de entre 1982 y 1987 aunque, señala Zaid, todos fueron retocados y el más antiguo re-escrito.

No puede decirse que todos representen variaciones sobre el tema de la "economía presidencial". De hecho, luego de una breve revisión, solamente en tres encontré referencia explícita al problema. Pero ello no les resta interés y todos son de lectura francamente fácil y amena. Mas importante: muchas de sus tesis y cuestionamientos siguen teniendo validez y contribuyen a esclarecer aspectos que para los legos en ocasiones resultan complicados cuando no francamente esotéricos. Aparte del "presidencialismo", los temas que aborda Zaid pueden agruparse como sigue: —sector externo, deuda y política cambiaria; —sistema político y, más generalmente, papel del Estado en la vida del país; —productividad de la inversión y selección de tecnologías; —notas y comentarios sobre otras cuestiones. En lo que sigue se ha-

ce énfasis en los dos primeros temas, dado que cubrir también los demás alargaría en exceso la nota. Además, el tema de la productividad de la inversión y la selección de tecnología se trata más ampliamente en el libro de Zaid sobre el progreso improductivo y el último no es fácilmente manejable.

El "presidencialismo" es el tema central de dos artículos: "Un presidente apostador" (1982) y "La propiedad privada de las funciones públicas" (Oct. 1986). El primero constituye una dura crítica al "timón en la tormenta", el presidente José López Portillo: primero, por haberse endeudado para realizar inversiones faraónicas, como la del gasoducto cuya rentabilidad, en ausencia de un arreglo claro con los Estados Unidos, resultaba más que dudosa (esas inversiones, además, al financiarse fundamentalmente con dinero del exterior, aumentaron el endeudamiento externo); segundo, por haber apostado (comprometiendo el desarrollo del país y contra la opinión de gentes más expertas en la materia) sobre el comportamiento de dos variables externas claves: el precio del petróleo y las tasas de interés en los mercados internacionales. En ambos casos se equivocó, con graves consecuencias; aunque, a decir verdad, en el caso de las tasas de interés era mucho más difícil prever, como lo demuestra la experiencia de la mayor parte de los países latinoamericanos, y pocos expertos vaticinaron tan violentas variaciones.

Pero lo más alarmante es que todo esto puso en evidencia el alto riesgo del "sí señor presidentismo" y la validez del proverbio popular de que "lo malo no es que mi hijo juegue, sino que se quiera recuperar". A estas decisiones presidenciales siguieron otras igualmente irreflexivas, como la limitación de las ventas de petróleo al exterior, la compensación de la caída de los ingresos de exportación a través de un mayor endeudamiento externo, con créditos de alto costo y vencimiento a corto plazo; la creciente sobrevaluación del peso pero cuya cotización iba a ser defendida caninamente y, aun, la nacionalización (léase estatización) de la banca, para castigar así a "los culpables" de la grave situación que vivía el país en las postrimerías de esa presidencia. Todas esas apuestas fallaron: México perdió participación e influencia en los mercados internacionales del petróleo (lo único breve fue que deja-

mos de hablar de esa quimera: el "poder de negociación internacional del petróleo"). En agosto de 1982 reconocimos que no podíamos hacer frente a nuestros compromisos financieros con el exterior, desencadenando la crisis de deuda externa; hubo necesidad de devaluar significativamente el peso y, después de una cierta euforia en los grupos de izquierda, la estatización de la banca no contribuyó un ápice a mejorar la deteriorada imagen presidencial.

Si uno considera este ejemplo, Zaid tiene razón en apuntar hacia los graves peligros que implica la concentración del poder de decisión en pocas manos; pero habría que tomar también en cuenta lo que Daniel Cosío Villegas denominó con tanto acierto "el estilo personal de gobernar": no todos los presidentes son iguales. Hay, sin embargo, una pregunta clave: ¿por qué pueden ocurrir tan fácilmente en México cosas de este tipo? La respuesta de Zaid no es, ni mucho menos, caritativa o ambigua. Se la puede calificar quizá de simplista, pero es categórica: obedece a la corrupción del sistema. El segundo de los trabajos mencionados examina lo poco que se ha hecho en materia de renovación moral (hay una anécdota sobre una discusión en la campaña del entonces candidato del PRI, Miguel de la Madrid, que vale la pena leer) y lo difícil que ha sido avanzar en esta materia, y llega a la conclusión de que "la corrupción no es una característica desagradable del sistema político mexicano: es el sistema". Aquí es donde surgen problemas derivados, quizá, de la vehemencia con que Zaid hace sus planteamientos. Que hay necesidad de una renovación moral, que hay corrupción en el sistema, nadie lo negaría. Pero afirmar que *todo* el sistema y, por inferencia, todos aquellos que participan en el sistema, directa o indirectamente, son corruptos, parece también una exageración. El mismo Zaid en cierta forma lo reconoce así cuando señala que "decir que nada puede cambiar mientras *todo* no cambie, no son más que formulas derrotistas" y, más adelante, que ni "los norteamericanos ni los argentinos son mejores que los mexicanos".

Pero acierta más, y esto quizá es de mayor trascendencia, cuando señala como meollo del problema que millones de mexicanos han rebasado en modernidad a sus gobernantes que se apoyan

en mecanismos "pre-modernos". Todo ello llevaría según Zaid a la necesidad de que un "nuevo contrato moderno y a la luz pública... celebrado entre el público elector y los aspirantes civiles al poder". Pero su sugerencia sobre la forma de arribar a ese contrato nuevo y moderno puede no parecer plenamente factible. Según Zaid la iniciativa partiría de la opinión pública, presionando a los candidatos presidenciales para que renunciaran de antemano a la impunidad patrimonial, que el sistema concede a los ex-presidentes; al final del mandato de un presidente el estado de su patrimonio sería verificado por auditores públicos designados por los cien diputados de la oposición. ¿resuelve éste el problema de la corrupción en todo el sistema? Probablemente no. Pero podría ser un paso importante.

Aparte del problema del presidencialismo aborda, con mayor éxito desde mi punto de vista, el de las relaciones económicas con el exterior. Un problema que, secularmente, en México llegaba a tener significación y a preocupar únicamente cuando el desequilibrio en el sector externo alcanzaba una gran dimensión y ponía en jaque las posibilidades de desarrollo del país. Era poco explicable esta actitud dado que todas las crisis que hemos atravesado han estado vinculadas, de una manera u otra, al desequilibrio en el sector externo. Esta situación cambió en los últimos años como resultado de los problemas de deuda externa y una mejor comprensión de los efectos de la política comercial y cambiaria por parte de importantes grupos en la población, pero no de toda la gente. La economía del país tuvo necesariamente que abrirse más al exterior y tomar más en consideración sus niveles de competitividad internacional. El resultado ha sido, sin duda, positivo, aunque no sin altibajos. De un déficit en cuenta corriente se pasó a un superávit, aumentaron las reservas y, quizá más importante, se redujo la petrodependencia y se demostró que México podía tener acceso a los mercados internacionales.

Sin embargo, la transición de una economía orientada hacia el interior a una orientada hacia el exterior no fue ni mucho menos fácil; hubo necesidad de vencer muchas resistencias y doblegar no pocos intereses creados. En varios de los artículos de Zaid —"La apertura y la inflación" (septiembre

de 1974), "Alicia en el país de la fluctuación" (octubre 1979), "Los cuatro centavos" (julio 1982), "Pagar la deuda" (marzo 1974), y "Un monstruo alimentado con dólares" (marzo 1986)— critica la tendencia de la política económica mexicana a pagar los aumentos de importaciones no con el aumento de las exportaciones sino con el endeudamiento externo. Este enfoque lo trata irónicamente Zaid en un delicioso artículo, "El modelo tibetano" (yo le he dado un nombre diferente en otras ocasiones: el modelo albano).

¿En qué consisten el modelo tibetano y el albano? En uno para el cual "el exterior es un peligro; la pérdida del ser": México debe concentrarse mentalmente, financieramente, en las alturas centrales: en "el ombligo de la luna que es el nombre y destino de la ciudad que ha dado nombre y destino al país. Ver más allá es distracción, perdición, malinchismo, negación de la propia entraña. Hay que ser dignos: ignorar la realidad externa". Y, más adelante, en una frase igual de contundente: "En la economía tibetana exportar no es una conquista de mercados extranjeros, sino una degradante sumisión al extranjero; es una especie de prostitución, que se persigue de oficio". Esta mentalidad, efectivamente, es la que ha dado lugar a las más extrañas alianzas (como lo muestra el "debate" acerca de la entrada de México al GATT en 1979): "empresarios", gobernantes, líderes, sindicatos y académicos de las más distintas tendencias —monetaristas, keynesianos, estructuralistas y marxistas— comparten el modelo tibetano aunque no están de acuerdo en todo lo demás.

Un aspecto no plenamente explorado por Zaid, pero interesante, es la forma en que gradualmente se ha estado haciendo la transición del modelo tibetano o albano hacia un modelo más orientado hacia el exterior, aunque todavía nos encontramos lejos del modelo japonés, el coreano o el brasileño en América Latina. Lo cierto es que las circunstancias jugaron un papel no sólo determinante sino decisivo; pero eso no significa que el modelo tibetano haya sido monolítico. Desde fines de los sesentas y principios de los setentas hubo opiniones a favor de un cambio en la estrategia de desarrollo del país. La de Gabriel Zaid fue una de ellas. Estas ideas fueron gradualmente ganando aceptación y, de hecho, en 1977, el discurso inaugural del presidente López

Portillo postula la necesidad de buscar mayor integración a la economía mundial. El petróleo cambió todo y hubo una revisión de actitudes en favor del modelo tibetano. Pero de cualquier modo, ya no fue tan fácil y las críticas a las estrategias orientadas hacia dentro crecieron en intensidad e influencia.

Hay un comentario de Zaid, al final de este trabajo, muy relevante para los días que corren: "Los que cuidan la inflación quisieran un recorte de la demanda interna tan prolongada como sea necesario; no quieren devaluar sino a rastras en vez de actuar como líderes de la oferta al exterior. Los que cuidan el empleo no quieren destruir empleos irreales sino a rastras, en vez de actuar como líderes en la creación de empleos productivos; exportadores o no piramidados. Resultado final: ni baja el desempleo, ni baja la inflación, ni se paga la deuda, mientras se acumulan devaluaciones desperdiciadas, paros desperdiciados, arranques desperdiciados, sacrificios desperdiciados". Lo cual ilustra adecuadamente el tipo de problemas a que se enfrenta el Pacto de Solidaridad Económica, que trata *simultáneamente*, y en un *cortísimo* plazo, de alcanzar el equilibrio interno, reducir la tasa de inflación y sentar las bases para una mayor tasa de desarrollo, después de ese brevísimo lapeo. El papel de los diferentes instrumentos de la política económica, además, no es claro. Pero esto ya es harina de otro costal. Lo relevante es que todo parece dar, nuevamente, la razón a Zaid en su escepticismo acerca de sí, en realidad, los cambios en el manejo de la política económica responden a una concepción de mediano y largo plazo o si nuestras prioridades están determinadas por el aquí y el ahora; es decir, si son variables y, por lo tanto, inasibles.

He examinado sólo algunos de los planteamientos de Gabriel Zaid; de todos se puede decir que son interesantes, inducen a la reflexión y, además, son divertidos.

Una última palabra acerca de las recomendaciones de Zaid. Recibí algunas con total acuerdo; otras, con un acuerdo condicionado, y otras con total desacuerdo. Seguramente las reacciones de otros lectores serán similares. No importa. El principal aporte de este libro es hacernos pensar sobre cuestiones de interés fundamental para el país y, desde este punto de vista, se trata de un libro de lectura casi obligada.

DESURIANTE

DE JOSÉ DURAND

POR LUIS IGNACIO HELGUERA

• Fondo de Cultura Económica, Colección "Tierra firme", México, 1987, 110 pp.

DESURIÁ, DIVAGA, delira nimiedades maravillosas, honas minucias, el soñador soñoliento. Divagar y reflexionar son actividades diferentes. Uno cree que fumando se propicia la meditación, advierte Pavese en *La playa* (inicio del cap. VII), pero "a lo sumo se fantasea, que es muy distinto que pensar", pues "se disipan los pensamientos como niebla" o como bocanadas de humo que se trenzan y evaporan melancólicamente en el aire.

No obstante, hay maneras de divagar. No es lo mismo anudarse la corbata, pensar que ya reclama la tintorería y de ahí pasar a inquietarse por la hora y por la cita, que anudarse la corbata, pensar que ya reclama la tintorería, que un zurcido en una corbata es una impertinencia social y metafísica, que el mosquito que cosquillea la nariz lo aleja momentáneamente a uno de melancolías, que el batallón que cruza la calle ha detenido al camión que lo llevaría a uno a la cita de las diez y pico, que entretanto un gato disfruta "la plenitud de su decímetro cuadrado", que al sacudirse uno de nuevo al "mosquito pertinaz" caza "una pluma violeta de la joven señora de las nobles pantorrillas" sentada al lado, que "a las abochornadas excusas sucede creciente melancolía", que las plumas remiten por ejemplo a abanicos voluptuosos de "plumas de camello, las más preciadas, como que no las hay", que son "casi dos horas de retraso" y que en el escaparate hay "lo menos indicado: un sinfín de almohadas perfectísimas", y así sucesivamente. Lo primero le puede ocurrir a cualquiera; la segunda secuencia, en cambio, sólo la consigue, sin proponérselo, un divagador experto como Arancibia, el protagonista de "La cita", espléndido cuento, redondo y puntual —como puntual es, a pesar de todo y contra todo, Arancibia—, de José Durand, escritor peruano amigo de México, del recientemente desaparecido Rodolfo Halffter —a quien va

dedicado el libro— y de esa generación filológica y literaria, formada en la tradición del amor apasionado a la lengua y el lenguaje de Raimundo Lida y Alfonso Reyes, representada por Antonio Alatorre, Juan José Arreola, Rubén Bonifaz Nuño, Ernesto Mejía Sánchez y Augusto Monterroso. Con algo o mucho de la poesía que subyace a los cuentos de su compatriota César Vallejo, los cuentos de Durand, en su relación morosa con las palabras e incluso en el tono y el estilo a veces, se acercan más, en efecto, a ciertos cuentos de Arreola o Monterroso que por ejemplo, y por poner un caso paradigmático de la narrativa peruana, a los de *Los jefes* de Mario Vargas Llosa.

Ya desde su libro anterior, *Ocaso de sirenas* (1950), una rara y hermosa antología de textos históricos antiguos sobre las sirenas y su confusión con los manatíes, que mereció menciones y elogios de Alfonso Reyes, Durand aunaba la erudición y el rigor de la investigación filológica con la fantasía y la elegancia literarias, en comentarios agudos y puntuales. Y ya desde entonces, también, realzaba el inmenso valor de nuestra mitología, nuestra poesía y nuestra imaginación sobre las peligrosas simplificaciones positivistas de la razón.

Desuriante es fiel a la misma tónica: "Cuando la razón tropieza, la imaginación parte al asalto. No le faltan derechos" (p.48) Esto se adecúa perfectamente a la otra directriz que me parece fundamental en estos relatos: sin que sea necesaria ninguna clase de creencias ocultas o sobrenaturales, todo lo ordinario es extraordinario; lo más familiar y cotidiano puede volverse sorprendente e inexplicable: "...algo había ocurrido tan inexplicable como la vida" (p.57) Y es que aunque sucede que "la rutina devora milagros y los convierte en asuntos domésticos" (p.59), lo doméstico vuelve a la carga transfigurado en milagro, saltando

con la vida misma, porque "entre el milagro y lo banal no cabe un hilo" (p.23). Si bien *Desuriante* es variado, diverso en cuanto a la naturaleza de sus relatos, a todos ellos subyace la convicción de que lo más banal puede resultar extraordinario, porque la realidad, inasible por la razón e inexplicable en sus estratos más profundos, es tan rica como pueda serlo nuestra imaginación.

"Señor Abrigo" y "La ventaja" me saben a cuentos gogolianos, no sólo por sus temas, respectivamente el capote y la nariz, sino también por la superposición natural, y por lo mismo desconcertante, de lo fantástico, lo inverosímil y lo absurdo, por un lado, con lo más común y corriente, por otro, que el gran narrador ruso practicó con maestría. La ternura humana del abrigo mugriento de don Felipe o la nariz que aventaja en cuatro años a su "poseedor" —entrecómulo porque no se sabe quién posee a quién— Alcántara, se emplean para sugerir, por ejemplo, lo dual —bipolar de la existencia humana, o bien, la compleja multiplicidad de un solo individuo: "Todo hombre es un ser parcialmente dislocado. En cada individuo cohabitan potencias distintas, que a veces irrumpen. (...) Otros hombres, sin que lo sepamos (ni ellos mismos) suelen ser dentro de sí numerosísimos". (pp.48-49)

Si bien en la misma línea fantástico-allegórica se inscriben la estampa "El retorno" o "Travesía", Durand cambia ágilmente de registros narrativos. Lo mismo nos extiende en "Gatos bajo la luna" una finísima descripción de un aquelarre gatuno en la azotea —infierno (que le permite ahondar en una interpretación imaginativa de la naturaleza luciferina de estas fieras felinas, engañosamente domésticas y poseídas en realidad por los demonios, las brujas y la luna), que nos pasea por esos viejos cafés del centro de la ciudad de México. Y en ellos, lo

mismo nos presenta a la vanidosa traductora rumana que embrolla al joven crítico literario en una intrincada discusión sobre la validez de traducir mejorando al gris autor, con el oculto fin de que se ocupe de su propia poesía, que a aquellos mocetones pedantes que haciendo hermenéutica de sobremesa acerca de los concurrentes detectan en sus charlas y hábitos circulares una detención del tiempo y en su asiduidad sistemática al café un solapado afán de inmortalidad. De la misma manera, rompe el tono gracioso e irónico en el último cuento del volumen para relatar una historia más lineal sobre el itinerario existencial—sentimental de un hombre que para reencontrarse a sí mismo, sabe con clara conciencia que tiene que recuperar, aunque sea solamente "a fuerza de memoria", cierto árbol de la infancia, símbolo nostálgico del firme arraigo ante el transcurso del tiempo y la fuga de las personas amadas y de ciertos momentos pasados plenos de significación personal.

De nuevo, delirio y desvarío lúcidos, amnesia misteriosa e inquietante, y también otra vez laborioso reencuentro, son las obsesiones que marcan el breve diario "Desvariante", en que la mujer amada a la que se había dejado de ver tiempo atrás es una conocida desconocida en el camión, un ser familiar y distante en el café, la misma y otra en la vida. Asimismo, en fin, recorren "La cita" bruscas intemperancias entre la indomable libertad del sueño y los imperativos rudos de la rea-

lidad que se resuelven finalmente en una perfecta adecuación armónica: Arancibia llegará a su cita por un milagro exacto del azar, sí, pero también gracias al cálculo frío de su mujer, reina de la vigilia con delicados pies bien plantados sobre la tierra.

La depuración estilística en la acunación escrupulosa de la frase y el párrafo podrá tal vez llevar a Durand en alguna ocasión a un cierto regodeo voluptuoso con el lenguaje que roza con el rebuscamiento formal, pero en todo caso proporciona perlas epigramáticas y poéticas como éstas:

Feliz travesía la del sueño... porque no tiene puerto. (p.12)

Hay instantes inmensos. (p.17)

Seres tan intensos gozan más y sufren el doble. (p.24)

Algo tiene el amor reñido con la quietud, pide sangre y vive en ella. (p.26)

¿Quién sabe si las verdades mayores nunca las sabe mejor el hombre que cuando guarda para sí la incertidumbre! (p.83)

...una niña crecida, que a medias vivía y a medias soñaba. (p.101)

Recuerda Durand a Alejandro Rossi en la concisión lapidaria de las frases, en la cacería obsesiva del adjetivo o el giro lingüístico requeridos para el guiso, en el culto al detallismo ameno y agudo —la corbata, unas piernas de mujer, el tic de personalidad del vecino en el camión—, en el desdén a las tramas novelescas, en la caracteriza-

ción de personajes estrafalarios que va desde el bautismo — Arancibia, Merelles / Gorronzona, Leñada, Rinconera— hasta ambientes y situaciones de normalidad sutil y paradójicamente grotesca en que son insertados —"Después de la siesta", "Ensalmo del café" / "Un café con Gorronzona".

Breve como la de Rossi, se reduce la obra de José Durand a *Ocaso de sirenas*, el argumento del ballet *La mandala* (1950-51) de Blas Galindo inspirado en "Talpa" de Juan Rulfo —y que, según Monterroso en *La letra e*, redactó Durand en una tarde— y el *Desvariante* que comentamos y que se publicó gracias a la sensata insistencia de amigos suyos.

"Hay palabras que deben esperar años", leemos en un cuento del libro. No sé si estos cálidos relatos escritos entre los cuarentas y los cincuenta y dispersos en la corriente fugaz de suplementos y revistas debían esperar tantos años; sé, en cambio, que después de tanto tiempo se han conservado frescos y originales. Naturalmente, uno se pregunta: ¿por qué no ha publicado Durand más literatura *in stricto sensu* que este delgado tomo, que él llama "póstumo"? La pregunta es inevitable, pero ociosa. Yo, por lo pronto, me quedo, más que conforme, con cuatro o cinco textos de este *Desvariante*, que se dejan releer, frecuentar en plácida rutina, como los buenos amigos, los parques y rincones consentidos, el café y el bar habituales, habitables.

CRÓNICA DE POESÍA

POR EDUARDO MILÁN

- Nicanor Parra: *Hojas de Parra*, Ediciones Ganymedes, Santiago de Chile, 1985.
- Hugo Gola: *Jugar con fuego*, (Poemas, 1956-1984); Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina, 1987.
- Régis Bonvicino: *Más companhias*, Editora Olavobrás, Sao Paulo, 1987.

PARRA: EMPIEZA A CAER OTRO POCO DE HOJAS

HAY PAÍSES DONDE resulta especialmente difícil abrir una brecha en la selva literaria e instalar un parque de diversiones cerca del sol. Chile es uno de estos países. Cuando

Parra entra al palco, un pie en la poesía y otro pie en la antipoesía, la chilena era una lírica dominada por el que podría llamarse *paseo Neruda*. Neruda era un pulpo que abrazaba todo lo que pasa por ahí, deglutía cualquier sílaba original, todo intento de nueva información poética. Quiso hacerlo con

Parra. Ahí está *Estravagario*. Pero fracasó, como fracasa cualquier intento de *aggiornamento* poético en un escritor ya cansado de su propio peso.

Repasemos: cuando al final de la década de los cincuenta Nicanor Parra (1914) publica los *Antipoemas* la voz de dominio del circo literario chileno se

llamaba Neruda. Sumemos a la de Neruda la sombra duradera de Pablo de Rohka. Ahora sumemos a la de De Rohka la figura omnipresente de Vicente Huidobro, antipoeta y mago. Dilapidar esa herencia sólo podía ser obra de un parricida violento y de un verdadero iconoclasta, ambos juntos y a la vez. Entra en escena Nicanor Parra. Quizás una de las razones por las cuales la poesía de Parra no ha ocupado el lugar que realmente merece dentro de la poesía latinoamericana haya sido la de que se trata de una poesía escrita en lenguaje coloquial. Esto parecería alejarla de lo que puede concebirse como una poesía "de la forma". Sin embargo, como el caso de la poesía parriana es el de un coloquialismo extremo, de un coloquialismo llevado a sus últimas consecuencias—esto es, en definitiva: un coloquialismo que critica al coloquialismo—, esta gesticulación hace caer su poesía dentro de una poética formal con facilidad. Se trata de un coloquialismo llevado a la prueba de la ambigüedad y del sin-sentido. Pero no el sin-sentido de las largas tiradas del sueño surrealista, donde aquellos poetas, partiendo de una actitud de invención caían en una extrema forma mimética: la mimesis del inconsciente, la mimesis del aparente mecanismo de funcionamiento del inconsciente, que ni siquiera ahora se sabe lo que es. El sin-sentido de Parra son espacios vacíos donde el poema se mira hacer. Para el poeta surrealista el sin-sentido era una puesta en jaque del sentido, una demostración de que, en realidad, sólo existe el sentido, que es finalmente lo que cuenta. Parra acepta, en franca actitud oriental, el sin-sentido como un espacio coexistente no sólo dentro del poema sino en la naturaleza misma de las cosas y en la naturaleza misma de la Naturaleza. El atiborramiento de sentido es una manía propia del occidental, donde el pánico del no-ser domina el escenario, tanto cotidiano como filosófico. Aquí todo el mundo quiere ser, pero nadie quiere estar. Y la poesía encuentra su comodidad en el estar. Toda pretensión ontológica, más allá de ella misma, la acaba.

Ahora dejemos el sermón y volvamos al poema. El antipoema, por ejemplo, no existe: lo que existe es el poema. El antipoema sólo existe operativamente. El antipoema funciona como máquina crítica, no crítica al poema moderno pero sí crítica al poema tradicional. Para

ver exactamente lo que ataca Parra, entremos en la diferencia entre poema moderno y poema tradicional. Esta oposición resalta si consideramos los ejemplos de Baudelaire y Mallarmé. Baudelaire abre el poema a la modernidad como conciencia perturbada, conciencia "en quiebra" producto de la Revolución Industrial como coordenada histórica decisiva. De acuerdo con Roland Barthes, "la unidad ideológica de la burguesía produjo una escritura única. En los tiempos burgueses, clásicos y románticos, la forma no podía ser desgarrada porque la conciencia no lo era. Por el contrario, a partir del momento en que el escritor dejó de ser testigo universal para convertirse en conciencia infeliz su primer gesto fue elegir el compromiso con la forma". Pero esa apertura del poema es exterior. El "hipócrita lector" de Baudelaire está integrado al texto. Es con Mallarmé que el poema moderno tiene su apertura interior—su "viaje" interior. Esa quiebra de la conciencia, que el mismo Mallarmé llamó "subdivisiones prismáticas de la idea", es más una quiebra de la percepción y tiene por realización práctica los bloques fragmentarios de la escritura que conforman "Un Coup de Dés". A partir de Mallarmé el poema es formalmente otro, no sólo en su perturbación interior—que integra al lector, como en el caso de Baudelaire—sino desde su mismo dibujo, desde su "diseño". Los poemas de Nicanor Parra participan de esta idea de modernidad, al asimilar la crítica que propone el gesto de la vanguardia: lo que para la vanguardia es viaje al fin del poema para Parra es gesto, exterioridad ensimismada heredada de Baudelaire e interioridad ensimismada heredada de Mallarmé.

La palabra *gesto* es importante en Parra. Se asimila al núcleo central de la problemática de su poética: el problema del referente o el objeto poético, esto es, lo que el poema "dice". En este sentido, el problema de la referencialidad en Parra realiza un viaje inverso: asimilado el problema de la interioridad del poema, salta por encima de Mallarmé y cae en el centro de la exterioridad poética (Baudelaire). Así, luego de entrar en crisis el producto, vuelve a entrar en crisis el productor. El productor, aquí titular del habla, "el que dice", se asimila al referente, o sea, a "lo dicho". El "yo" poético, abandonado por la vanguardia y en agonía

desde hacía mucho tiempo antes (precisamente: desde Mallarmé) vuelve a escena. Pero ahora no como un manipulador solemne de códigos (lo que le mereció la crítica de la tradición): regresa disfrazado de payaso.

Un payaso que todo lo vuelve inverosímil, un títere que se refiere a ti. Veamos este poema de *Hojas de Parra*, el libro que reúne toda la poesía de Parra después de su *Obra gruesa*:

número uno en todo
no ha habido no hay no habrá
sujeto de mayor potencia sexual que yo
una vez hice eyacular diecisiete veces
[consecutivas
a una empleada doméstica

yo soy el descubridor de Gabriela Mistral
antes de mí no se tenía idea de poesía
soy deportista: recorro los cien metros
[planos
en un abrir y cerrar de ojos

han de saber que yo introduje el cine
[sonoro en Chile
en cierto sentido podría decirse
que yo soy el primer obispo de este país
el primer fabricante de sombreros
el primer individuo que imaginó
la posibilidad de los vuelos espaciales

yo le dije al Che Guevara que Bolivia no
le explique con lujo de detalles
y le advertí que arriesgaba su vida
de haberme hecho caso no le hubiera
[ocurrido lo que le ocurrió
¿recuerdan ustedes lo que le ocurrió al
[Che Guevara en Bolivia?

El yo que regresa al poema, hipertitularizado y diseminado en varios yos—todos inverosímiles—, constituye una actitud que tiende a la globalización y es como actitud que se transforma en elemento crítico de la producción. La inverosimilitud resalta porque se trata de proposiciones lógicas, "posibles", y porque Parra rehúye todo el tiempo a la metáfora: trabaja con elementos concretos, con referentes inmediatos. Así, lo referencial se totaliza como discutible. Todo lo que se dice es sospechoso. En este aspecto, la propuesta crítica de Parra es doble: crítica del hablante (inverosímil) crítica del objeto (inverosímil). La vanguardia criticó duramente al objeto poético, del mismo modo que criticó el lenguaje poético. Pero en lo referente al yo o hablante se lavó las manos: prefirió volverse elíptico. Parra

crítica los tres niveles y sale airoso de la operación. Se trata, a mi modo de ver, de una de las operaciones más radicales de la poesía latinoamericana. Alguien dijo alguna vez, en un prólogo a una antología de poesía mexicana, que ésta había tenido la suerte de no caer en "jueguitos" como los del chileno Nicanor Parra. Lo que constituye una verdadera lástima.

LAS COSAS RENACIDAS

La historia de la poesía latinoamericana es, también, la historia de algunos poetas que cultivan un lenguaje al margen de la fiesta del mercado. Del mismo modo que existe un lenguaje oficial de la poesía existe un lenguaje subterráneo. No son estrategias opuestas sino complementarias: hay una enciclopedia de la razón, que hizo la gloria pesadillesca de la luz y una enciclopedia de Novalis. La de Diderot somete los sentidos, la otra los libera. Hay un lenguaje de celebración blanca, casi evidente: el de Neruda. Hay un lenguaje de celebración negra, dolorosa: el de Vallejo. El lector sabrá (esto es: no sabrá) distinguirlos. Por fin, lo que hay es una estrategia del aplauso y una estrategia del silencio.

Argentina es un país que, al margen de una selecta pléyade de poetas oficiales, ha sabido mantener intacto el culto del margen por gracia de algunos de sus mejores escritores. Nombro tres: Macedonio Fernández, Oliverio Girondo y Juan L. Ortiz. La aparición de los poemas completos de Hugo Gola (Santa Fe, 1927) vuelve su gesto poético sincrónico con el de los maestros antes mencionados. El volumen integra sus tres libros editados anteriormente (*25 poemas*, 1961; *Poemas*, 1964; *El círculo de fuego*, 1968) e incluye un libro inédito hasta la fecha: *Siete poemas*. Hugo Gola vivió durante algunos años en México, donde publicó una *Antología de literatura para jóvenes* y dirigió una extraordinaria colección de poesía y crítica, *El poeta y su trabajo*, cuyos cuatro volúmenes editó la Universidad de Puebla. En esa colección, una empresa rara en América Latina, donde el acriticismo realmente existente respecto de la poesía nos vuelve heroicos, se publicaron trabajos teóricos de poetas como Paul Celan, Gottfried Benn, Michael Hamburger, William Carlos Williams, Wallace Stevens, Allen Ginsberg, Haroldo de Cam-

pos y muchos más. Desde luego, el acriticismo poético del medio hizo que el empeño pasara desapercibido y que la colección circulara entre un débil puñado de iniciados. Gola es también el prologuista de la poesía completa de Juan L. Ortiz, una de las voces más extrañas y marginales de la poesía latinoamericana del siglo. Algo de esa marginalidad de Juan L. Ortiz quiso Gola para sí. De ahí que su obra sea parca, medida: una poesía de la contención y de la retención. Pero hay un tema fundamental en la poesía de este argentino iconoclasta: la obsesión por las cosas. La obsesión adánica de que las cosas sean las cosas para nombrarlas como cosas. Que las palabras se co-sifiquen en un sentido sartreano o que las palabras sean signos neutros sin ningún otro poder que su descendencia de las cosas, ese es otro problema. Podría decirse que, para Gola, en el principio no fue el Verbo sino la Cosa. Esta dualidad planteada casi en secreto, murmurada y que consiste en una especial forma de fundición entre poesía y realidad, pasa a segundo plano. Lo que sí hace es subvertir la materia poética densa y opaca, transformándola en signos de cristal. Entonces iluminaciones. Una llama en el interior del cristal sin hacerlo estallar. Una fragilidad pocas veces conseguida o conseguida después de un arrebatado casi místico pero sí de alta contemplación. Las palabras se entregan fácilmente, pero las cosas, como presintiendo, demoran en hacerlo una vida entera. Por eso Hokusai, "el viejo loco del dibujo", apelaba a la edad para conocer el verdadero secreto de las cosas. La actitud de Gola es una actitud oriental.

La primera parte de la poesía de Hugo Gola busca el lado difícil de la pureza del decir. No en el sentido de una poesía pura a lo Valéry (Valéry: "El infinito es una cuestión de escritura. El universo sólo existe sobre el papel"). Hay algo de la pureza del decir de Ungaretti, la conciencia límite del acto lírico que busca que aquel decir, el simple decir, constituya de por sí el acto poético. El indicador que impulsa la palabra es la concentración de la mente del poeta. Contener, retener al máximo, y la palabra cae justa. Progresivamente, y desde la publicación de *El círculo de fuego*, la poesía de Gola ha dado un paso adelante que es también un giro sobre sí misma. En *Siete poemas* la búsqueda de la condensación

es desde dentro del lenguaje. Eso le abrió el camino hacia una poética experimental y encausó una nueva fase: la búsqueda del placer significativo. En este sentido Gola no se ha traicionado: su contención era una contención frente a lo real. La nueva etapa de su poesía lo lleva entonces, casi por un acto de respiración más prolongada, alejando uno de otro los períodos respiratorios, al poema extenso, donde el lenguaje configura una estructura donde funcionan las microtextualidades, las intertextualidades y las distintas prácticas significativas. Esta práctica sería el esbozo, el esqueleto de su poética actual. Resta, intacta, la concepción del objeto. Gola sigue deslumbrado frente al mundo, en una actitud casi unitiva con lo que es real. De ahí su respeto frente al objeto, casi podría decirse su pudor. Como los imaginistas norteamericanos, especialmente como Williams, en el fondo de la poesía de Gola se intuye un deseo de pureza, de no contaminación referencial. Que el árbol sea árbol, que el Fresno sea Fresno y que la hoja sea hoja. Y la rama, rama. Es explicable, por todo esto, la desconfianza que mantiene su poesía frente a un tropo como la metáfora. Rara vez en la poesía de Gola una cosa es otra. El lenguaje va en apoyo de esta identidad y las cosas funcionan en este universo particular por las relaciones que el lenguaje construye entre ellas. El "demonio de la analogía" participa en la poesía de Gola pero estructuralmente, en el sentido en que termina siendo irrefutable el hecho de que un poema es siempre la metáfora del universo. La metáfora es, entonces, totalización del mundo, no su detención en el objeto ideal. En este sentido, por la concepción pura pero a la vez altamente vital de la poesía de Gola puede hablarse de un aciriollamiento de la referencialidad de la poesía de habla inglesa. No en el sentido de una traslación de estructuras y ritmos de una lengua a otra, como la practicada por un Ernesto Cardenal, uno de los responsables de la muerte española de Pound. Más bien una operación similar a la practicada por Oliverio Girondo, que criollizó a las vanguardias europeas en su *En la mas-médula*. Derive a donde derive la poesía de Gola creo que nunca variará su esencialidad medular que radica, justamente, en su mirada inédita a lo real. Esto la convierte en una de las empresas más vitales de la poesía latinoame-

ricana actual. Naturalmente, Gola no figura en las antologías de Ortega y de Cobo Borda.

PROMESA CRISTALIZADA

La aventura de la poesía concreta brasileña fue un clarísimo partaguas en la lírica de aquel país luego de la década de los cincuenta. Habría que sentir lástima de algún poeta que no se sintiera tocado por el rayo concreto. Sin embargo, sí hubo poetas que rechazaron la posibilidad del poema radicalmente crítico que demandaban los tres poetas de São Paulo (Augusto de Campos, Décio Pignatari y Haroldo de Campos), cuya obra conjunta y luego particular produjo un giro copernicano en las letras brasileñas. Hubo más: los poetas que en un momento abrazaron la causa concretista y luego, merced a sonoros golpes de culpa en el papel cultural, renegaron de aquella primera atracción. Vayan dos ejemplos: Ferreira Gullar y Affonso Romano de Sant'Ana. La poesía concreta no detuvo su influencia en lo que se refiere únicamente a la poesía-libro. Su deriva alcanzó con facilidad el espacio de la música, tanto popular como erudita. En lo que respecta a la primera, es patente y reconocida la influencia concreta en la producción de tres excelentes poetas músicos: Caetano Veloso, Gilberto Gil y Chico Buarque. También, en uno de los más radicales compositores de música popular brasileña: Arrigo Barnabé. Pero en lo que respecta a la influencia concretista sobre los poetas que participan del mercado del libro, ésta resultó realmente definitiva en los novísimos poetas brasileños. Toda una generación de nuevos creadores, sin nada más que perder que las cadenas de una tradición que se había vuelto soberbiamente canónica, se abrió al influjo concreto. Comprendieron que, al margen de la instancia ortodoxa de este movimiento, había un amplio espectro de posibilidades de continuación de la experiencia. Especialmente: la conciencia crítica frente al lenguaje, una enseñanza que, en lo que se refiere a la poesía brasileña pero también a la latinoamericana, vino para quedarse. Dentro de estos nuevos poetas mencionaré a tres: Paulo Leminski, Duda Machado y Régis Bonvicino. Uno más: el poeta-crítico Antonio Risério, poseedor de una agudeza literaria realmente envidiable. Todos

estos creadores, aunque atacan el fenómeno poético desde ángulos distintos, manejan una clave común: la mirada crítica frente al lenguaje poético y frente a la responsabilidad cultural que le toca a un poeta que produce al final del siglo. No es raro, entonces, que a la par de la crítica al lenguaje practiquen una crítica a los medios, únicos responsables de la buena o mala transmisión del mensaje poético. Una disgresión más: la nueva poesía brasileña es la única en América Latina que se plantea el problema de cómo hacer poesía en un mundo dominado por los medios masivos de comunicación. En un mundo cuya clave comunicativa es la apasante difusión de información en forma indiscriminada —lo que a todas luces representa un crimen de lesa humanidad—, el poeta tiene que responder al problema de una manera solvente o por lo menos rigurosa. En extensas y abrumadoras zonas de la poesía latinoamericana el problema no está planteado. O está planteado de manera más sencilla: resulta más fácil disfrazarse de monje medieval y escribir a contrapelo de la historia. Al fin y al cabo no existe un Medioevo tan sabroso como América Latina.

El caso de Régis Bonvicino (São Paulo, 1956) es paradigmático de lo que digo. Desde su primer libro de poemas, *Bicho papel* (1974), la poesía de Régis Bonvicino no distingue entre lenguaje verbal y lenguaje no verbal: lo icónico corría paralelo a la palabra escrita. *Régis Hotel* (1978) retomaba la línea del libro anterior, pero con un mayor peso sobre la palabra verbalizada. Puede decirse que en esos dos libros Bonvicino experimentó con todas las formas posibles, desde el *ready made* fotográfico (la fotografía de un cartel o de un grafiti que aludieran a la poesía en evidente acto crítico) hasta el lenguaje más crudamente coloquial, incluyendo el *slang* de ciertas zonas de la población paulista. Del mismo modo que Warhol era un pintor neoyorquino, Bonvicino es un poeta paulista, un lírico nómada entre la metrópoli cultural brasileña. Un ojo viajero que registra todo mensaje posible de ser convertido en poesía. Cuando la generalidad del gesto poético es la transformación de lo cotidiano en cultura, merced a una operación que descalifica lo "natural" convirtiéndolo en "artificial", Bonvicino invierte la operación: ve a Villon en un anuncio de un producto de super-

mercado. Esta es una forma excesivamente inteligente de transformar lo inmediato en trascendente, sin que lo inmediato pierda su fuerza original, único requisito para que pueda abolir al tiempo. *Sócia de Cópia* (1983) representa un alejamiento bastante pronunciado de la experimentación evidente con el material poético. Hay un movimiento de ensimismamiento en lo propiamente poético: giro sobre sí mismo y regreso a la palabra escrita. Supone, también una crítica a los mismos medios que Bonvicino había manejado. Es una característica de este poeta ese movimiento de desterritorialización poética: la búsqueda de nuevos medios expresivos y el alejamiento, la toma de distancia frente a los materiales que se habían manejado antes. *Más companhias* (1987), puede parecer a simple vista un libro más tradicional respecto de los anteriores o una recaída, simplemente, clásica. No lo es: se trata fundamentalmente de la radicalización del ensimismamiento de su libro anterior, la revalorización de los márgenes que el poeta anteriormente había manejado. Es siempre la recreación de la cotidianidad, un cambio de frente delante de un *estar* cotidiano como fundamento real de la poesía. El verso de Bonvicino adquiere así una singular limpieza, una parquedad expresiva —función que Bonvicino recupera para sí— muy difícil de verificar en otros nuevos poetas latinoamericanos. No puedo sospechar dónde irá a dar la poesía de este lírico errante. Lo que sí parece evidente es que la poesía brasileña está en presencia de una de las voces más singulares de los últimos tiempos poéticos de ese país.



EL LORO DE FLAUBERT

DE JULIAN BARNES

POR ADOLFO CASTAÑÓN

* Anagrama, Barcelona, 1986; traducción de Antonio Mauri.

¿CUAL FUE EL perico en que se inspiró Flaubert para escribir su "Corazón simple"? En *El loro de Flaubert* de Julian Barnes la sencilla semilla de esta pregunta se eleva, crece y propaga hasta ramificarse por toda la obra del padre Gustave. Barnes o su narrador —un perico en busca de otro—, se desplaza con gracia y comidad por las ramas del árbol Flaubert en busca de ese fantasma emplumado. La busca del cotorro —figura irónica de la cabeza vacía del escritor que repite lo que oye— se transforma en el camino en la búsqueda del Gustave perdido, esa Penélope de los modernos. Híbrido hilarante de lechuza sabihonda y de papagayo rezongón, Barnes se comporta como todo un zorro y rodea la madriguera flaubertiana con la meticulosa sagacidad del cazador hambriento. No en balde se llama Julian como el santo cazador hospitalario que ampara su bautizo y que, de entre las almas simples creadas por este autor, es uno de los que más heroicamente resisten la tentación de una prematura santidad. Se adivina que la novela ha sido compuesta como un ejercicio de periquería y parodia. Bajo la apariencia inofensiva de la amenidad familiar, encubre alfileres de todo género: la filología, la medicina, la crítica de pintura, la gastronomía, el bestiario, el examen escolar, la biografía, la guía alfabética, la novela conyugal y la traducción. O sea, una de esas novelas coquetas y saltarinas, que combinan insolencia y buen humor. El equivalente novelado del pastel de carne: pasta narrativa amasada con harina del flaubertiano costal, levadura irónica, sigilosas nueces conceptuales finamente picadas y relleno biográfico y autobiográfico marinado en mala leche. Dicen que Barnes cotorrea sin hacer ruido como *El idiota* de Sartre. Puede ser. En todo caso, sigiloso como un taurino, les reparte a los lectores las cartas de Flaubert les hace creerse inteligentes —es un

maestro de la seducción al absurdo—, luego se va limpio, y nos deja en ascuas, incómodos, con el sentimiento de que la novela sólo es buena a costa de nuestra bobería y de que las cotorras somos nosotros ("Loulou c'est moi!", exclama irritada la mente al terminar). Desde luego, esta obra incendiaria trae su dispositivo contra comentarios siniestros. Incluye un examen escolar concebido para reprobar a los lectores.

La querella del fondo en la forma, la discusión itinerante del vino y de los odres, de la primacía del huevo conceptual sobre la gallina de su estructura se resuelve en Barnes a través de una novela que adopta una multiplicidad de formas referidas a una pluralidad de temas. Pinta la biografía de un hombre concebida no como una ingenua narración lineal sujeta a la tediosa cadena de las causas y de los efectos, sino como la presentación, por así decir, simultánea de sus intereses y obsesiones registrados a través de formas literarias específicas. Los actos quedan, desde luego, relativizados, suspendidos en la solución de las potencias y facultades entre las que flotan. Tal vez sea una manera sospechosa de escribir una biografía; es, en todo caso, un procedimiento sumamente eficaz para captar en toda su plenitud a un hombre que denegó la vida y que, en cierto modo, transformó esa denegación —*ipsissima*

verba, en la materia de su tránsito cotidiano.

Roger Martin du Gard confiesa en una de sus cartas que si *Madame Bovary* puede hartar por su implacable pureza formal, la *Correspondencia* de Flaubert es un libro tan perdurable como los ensayos de Montaigne. Barnes no ignora este lugar común.

Por lo visto, la literatura moderna está condenada a trepar una enredadera alrededor de las grandes obras clásicas. En resumidas cuentas, *El loro de Flaubert* sería una correspondencia con la *Correspondencia*, la repetición desesperada de los grandes lugares e ideas flaubertianas como una puerta hacia la obra, de modo que la escritura de una pequeña guía se transforma en la creación de un país prestado. Dicho de otro modo, la única manera de comprender a un gran hombre es ponerse sus pantuflas, comer con su cuchara, revivir sus amores y, literalmente, transformarse en su amante escribiendo el monólogo que hubiese sostenido su mujer. La tentativa desaforada de resurrección de las momias y de los animales disecados transporta a este Orfeo irónico a los infiernos mismos del presente. El lector termina cayendo en la cuenta de que Gustave Flaubert está aquí; sólo es cuestión de buscarlo en el lugar adecuado. "Hubo una vez un loro que decía 'hubo una vez ...'"

